

**La felicidad añorada y jamás alcanzada: una Odisea contemporánea.  
“El camino a Ítaca”, presencia de Homero en la novela de Carlos Liscano**

*Profesora Margarita Carriquiry*

Para Italo Calvino, un clásico es –entre otras muchas posibilidades- *“un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir”*, es decir, una obra pasible de infinitas lecturas e interpretaciones, de aquellas que, según él, acumulan *“un incesante polvillo de discursos críticos que la obra se sacude continuamente de encima”*.

Los grandes clásicos tienen vida propia, al margen de lo que en torno a ellos hayan construido siglos de hermenéutica, y así pasan a la memoria colectiva, transformándose en instrumentos imprescindibles para nuestra interpretación del mundo. Por eso su relectura resulta inacabable, en la medida en que partimos siempre desde un punto diferente, el de nuestra propia situación en un horizonte cambiante.

*“Los clásicos son libros que ejercen una influencia particular ya sea cuando se imponen por inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual.”*

Partiendo de estas premisas podemos plantearnos la pregunta: ¿Qué nos dice a nosotros, uruguayos del 2010, una obra como La Odisea?

De inmediato nos sorprende la actualidad de sus temas: el exilio y sus infinitas penurias, el obsesivo deseo del retorno a la patria con sus riesgos e incertidumbres, y aún el insilio de los que quedan en la tierra sometida a la opresión. Apelando sólo a lo medular del poema épico encontramos además la memoria y el olvido como temas recurrentes; contar y volver a contar son las formas de defender la propia identidad y de encontrar un sentido al sufrimiento vivido. Si la historia se olvida, todo carece de sentido y la vida misma no es más que un insensato trajín.

Exilio y desexilio, memoria y olvido, temas de innegable centralidad en nuestro aquí y ahora, se suman a otros muchos que activan otros tantos puntos sensibles en el mundo de hoy: la condición miserable del forastero, el desprecio y la soberbia de los poderosos, la importancia de los afectos familiares como

elementos estructurantes de la identidad, los espejismos de engañosos paraísos como el de Calipso. Desde una relectura actual, La Odisea tiene mucho para decir, tanto que corremos el riesgo de forzar el texto al actualizarlo en demasía y perder de vista sus valores más permanentes; porque La Odisea nos habla del viaje del hombre, de su condición de peregrino, de los avatares de fortuna e infortunio, de su necesidad de restablecer la justicia, de su porfiada esperanza y su coraje. Todo ello expresado en un lenguaje poético que aún nos sorprende.

Estas resonancias de La Odisea, de indudable vigencia, nos hablan de una obra que ha impregnado nuestro modo de mirar la realidad; *“los clásicos sirven para entender quiénes somos y a dónde hemos llegado”* dice Italo Calvino. *“Es clásico lo que persiste como ruido de fondo incluso allí donde la actualidad más incompatible se impone.”* Conscientes de que la humanidad no deja de vivir sus propias odiseas, espaciales o terrenales, de que cada vida humana puede encontrar, en similitudes y en contrastes con la de Ulises, su propio viaje de aventuras y desgracias, recuperamos la actualidad del poema de Homero.

Elijo la novela de Carlos Liscano, *“El camino a Itaca”* de 1994 como un ejemplo revelador del modo a veces explícito y otras veces oculto en que se manifiesta la presencia de Homero en la literatura uruguaya de hoy.

El título, a la vez que impone la referencialidad a La Odisea, sugiere un desarrollo paralelo al periplo del héroe homérico que, por momentos, será violentamente contrastante con el de Vladimir, protagonista de la novela.

Este se presenta a sí mismo como un impenitente viajero:

*“Todo empezó yo no sé cómo. De cualquier modo hacía tiempo que yo me las estaba buscando. Me picaba el cuerpo de tantas ganas, y eso hay que pagarlo. (...) Me había ido de Uruguay a Paraguay. De Paraguay a Brasil. De Brasil a Suecia. Y de Suecia a España, a Barcelona. Ahora estaba volviendo a Suecia. Creo que en el camino ya me entraron ganas de irme a otra parte. A cualquier sitio. Uno es así, aún no ha llegado y ya quiere marcharse, como si las cosas fueran a mejorar porque uno cambie de lugar.”* (página 5)

Ese desplazamiento insensato está en las antípodas de la centralidad del objetivo del héroe homérico: regresar a la patria. Para Ulises el viaje es consecuencia del encono de los dioses que retardan el añorado retorno, y su

única felicidad posible está en Ítaca. Para Vladimir no hay una patria a la que regresar, y la vida es una permanente fuga. Huir de un pasado asfixiante añorando un nuevo paisaje es su modo de proyectarse hacia el futuro, en un permanente juego de ilusión-desilusión.

*“Acababa de llegar y ya estaba partiendo; por más que yo me alentara este no era un buen comienzo. Pero al rato volvía a darme ánimo. Me decía que no estaba del todo mal.”* (página 127)

La ansiedad que rige la vida contemporánea, generadora de deseos siempre nuevos, la insaciabilidad y sus correspondientes frustraciones contrastan con los valores que rigen el comportamiento de los héroes homéricos. En nuestro “imperio de lo efímero” no hay lugar para certezas, sino apenas espejismos detrás de los cuales corremos. El viaje es sólo la ilusión del cambio para un personaje condenado a la infelicidad y a la soledad esencial.

*“Donde nadie lo conoce uno puede empezar de nuevo. Así pensaba, como si uno pudiera dejar de ser el que es por el solo hecho de cambiar de paisaje. No era cierto, claro. Uno viaja consigo mismo a todas partes, es el que es, en Siberia o en la Luna. Eso no tiene arreglo. Después que se nace nada tiene arreglo, uno ya es el que va a ser, mierda o cielo para toda la vida.”*

Sin embargo, aunque su evolución lo conduce a una degradación cada vez mayor, a someterse a todas las vejaciones y a la vez perpetrar todo tipo de iniquidades, hay en el personaje de Liscano un sentido tristemente heroico de la existencia que lo postulan como una verdadera contracara de Ulises: *“Si uno no es digno, puede por lo menos intentar ser totalmente indigno... eso sería tener coraje, entrar en la indignidad vestido de gala, con todas las velas desplegadas, sin inmutarse, cargado de gloria. El coraje solo, puro, duro, tampoco vale nada, pero un poco puede ser útil. Yo lo hubiera necesitado, tal vez me hubiera servido, un tanto así de coraje. Pero ni eso.”* (página 9)

Vladimir se somete a una prueba, en una especie de ascesis laica que es exactamente inversa a las que enfrenta Odiseo: no hay ninguna justicia que reivindicar ni patria a la que valga la pena retornar; pero su orgullo radica precisamente en vencer todo vestigio de dignidad, ir superando las barreras que se había autoimpuesto como no llegar a comer de la basura o no recoger puchos

de la calle. Cuando lo hace es porque decide superar ese obstáculo, y no porque la necesidad se lo imponga. Así, la miseria se torna una victoria. La degradación más grave, con la que jamás transige, es la de acomodarse a la rutina “normal”, contentarse con la mediocridad cotidiana; contra ella se rebela hundiéndose cada vez más en la autodegradación. Como el coro de las Sirenas, la tentación del bienestar lo acosa:

*“Yo nunca había querido nada. O no sabía si aparte de querer llegar una tarde a la costa y verle la cara a la mujer que me esperaba en la cabaña había algo más que me interesaba. Pero sí sabía que no quería meterme en la guerra general de todos contra todos. Eso sí lo sabía bien.”* (página 146)

La Odisea narra las desdichas del viajero, los padecimientos de la soledad y la miseria, la desconfianza que se ciñe como una sombra sobre el desconocido, el naufrago, el mendigo. La novela de Liscano ahonda en la tragedia de los “metecos” de hoy, condenados a los trabajos más degradantes, a lidiar con los aspectos más sórdidos de la sociedad, a vivir entre la mugre, el desprecio y la miseria moral.

Para Vladimir todo es transitorio: los afectos, los trabajos, las habitaciones, las ciudades. Si las aventuras de Ulises lo ponen ante individuos, pueblos y lugares diferentes, en “El camino a Ítaca” el protagonista enfrenta a la vez a todos los pueblos y todas las lenguas en la inmensa torre de Babel del mundo contemporáneo, donde él, lejos de ser el único, integra la triste masa de los desterrados, los excluidos, los despreciados, en fin, “los otros”.

*“Éramos un grupo multicolor y fantástico de metecos llegados de todas partes. Algunos hablaban lenguas que sonaban como insultos y otros se comunicaban en lenguas como de pájaros. En la clase había de todo. Una joven prostituta tailandesa, que algún viejo había comprado en un prostíbulo por ahí, dos salvadoreños catoliquísimos, una pareja de chinos anticomunistas de Hong Kong, un físico de Irak, tres o cuatro iraníes ricos de Teherán, varios kurdos de las montañas de Turquía que apenas habían ido a la escuela, musulmanes que salían de la clase y se hincaban a orar en el corredor mirando a la Meca, como cuando cuidaban los camellos allá en su tierra...”* (página 44)

Mientras en La Odisea la causa de las desgracias es el odio de los dioses

provocado por la conducta del héroe -Ulises es perfectamente consciente de sus errores y exceso a partir de su encuentro con el adivino Tiresias en el Hades-, en el “El camino a Ítaca” no hay una razón explícita ni mucho menos religiosa para el hundimiento de Vladimir, que se presenta como un hecho irrevocable y arbitrario.

Por eso mismo, en la novela de Liscano no hay ningún orden que restablecer, como el que pretende llevar adelante Ulises matando a los pretendientes. Vladimir ni siquiera intenta vengarse de los abusos de quienes lo explotan, simplemente continúa su viaje, sin reclamar nada.

En su trayecto esencialmente solitario no hay afectos duraderos, como los de Ulises: patria, esposa, padre, hijo. La patria es un lugar al que no vale la pena volver, y los padre resultan incomprensibles y distantes. Como en una nueva inversión de La Odisea, son sus padres, ya viejos, quienes viajan en busca del hijo, y éste se limita a observar despiadadamente sus debilidades, como un Telémaco impío:

*“Cuando me llamaron desde Roma me quedé pensando en todo lo que iba a decirle cuando llegara a Barcelona, ver si podíamos hablar no sólo de mi pasado, sino también del suyo. Yo no tenía nada que reprocharle, pero uno no sale así nomás de lo que creyó durante cuarenta y cinco años como había hecho él. Quería sabe qué sentía, si pensaba que había valido la pena dedicarle la vida al Partido. Al final no le dije nada, habría amargado a mi madre, y además vi en mi padre al viejo que ya era. Vi que por más que hablara y se elaborara argumentos a sí mismo, ya no creía en nada. Era triste, pero no tenía ninguna fe, solo estaba tratando de salvar algo, no de sus antiguas ideas, sino algo de su vida, lo poco que le quedara del naufragio. Se mentía y yo le permitía que lo hiciera delante de mi cara.” (página 167)*

Solo las mujeres ofrecen un transitorio refugio al viajero, son hospitalarias y compasivas, aún en la miseria; pero de todas ellas huye el protagonista pues la tentación de quedarse y encontrar por fin un hogar sería la renuncia a la compulsión de peregrinar. Una tras otra, sin importar cuáles sean sus virtudes, ni cuán miserable sea la situación en que Vladimir se encuentra, serán abandonadas.

La piedad ante los dioses, los ancianos, los mendigos, los huéspedes y los extranjeros, el respeto a los padres, la paciencia ante las vicisitudes, el ingenio para resolver las dificultades, el valor y el esfuerzo para enfrentar la vida, son las virtudes heroicas que Ulises encarna, virtudes esenciales a la armonía del mundo que, si muchas veces quebrantada, será otras tantas restablecida. Ninguna de ellas está presente en el protagonista de “El camino a Ítaca”, en su mundo caótico ningún tipo de justicia es viable, y la piedad es inconducente.

La poesía de Homero describe maravillosamente un ámbito de belleza y esplendor donde hombres hermosos como dioses brindan en crateras de oro en medio de suntuosos banquetes. En la novela de Liscano abundan los locos miserables, las prostitutas decrepitas, los ricos ruines.

Si no hay patria, ni padres, ni hijos, ni mujeres que justifiquen el regreso, ¿cuál es la Ítaca añorada a la que retornará el protagonista? ¿Se trata de la inacabable aventura de la vida, como la prueba final que deberá emprender Ulises navegando a una tierra desconocida donde los hombres nunca hubieran oído hablar del mar? Algo de eso hay en el final de la novela de Liscano, donde la muerte se asoma como la tierra definitiva, la de la paz asegurada:

*“No me importaba, no me importaba ser como todo el mundo, engañarme un poco si era necesario. La felicidad no existe pero uno puede inventársela.*

*No, no, la felicidad era la búsqueda, había que seguir, arriesgar, la felicidad no estaba en resignarse, en no buscar más, en encontrar una rutina pasable y a ella atenerse. No, para ser feliz había que hacer como el maquinista, Vladimir, saltar, arriesgarlo todo.”* (página 270)

Si bien la muerte es el fin inevitable del viaje, no es ése el mundo que el personaje añora. Una y otra vez los sueños son, en la novela de Carlos Liscano, la contrapartida del desarraigo. Es allí a donde siempre desea llegar, donde confluyen todas las formas de felicidad añoradas: la cabaña con el fuego encendido, en medio de la nieve; la mujer que lo espera, la bebida caliente. La cabaña de troncos proviene de otro sueño literario, el de Eladio Linacero en “El Pozo” de Onetti, como si misteriosamente provinieran de los mismos arquetipos: el refugio en la soledad, el encuentro consigo mismo, la ilusión del amor.

*“Me iba quedando dormido y empecé a entrever la vieja escena del bote que*

*llega a la costa. Una escena muy antigua, gastada, que yo venía soñando desde la adolescencia.*

*Es así. Yo llego en un bote, remando, a una aldea en la costa, donde hay una decena de cabañas desperdigadas. Atraco en el pequeño muelle de troncos... Al llegar, golpeo los pies en el porche, como siempre, para sacudirme la arena de las botas, luego entro. Hay una mujer sentada, a quien nunca he conseguido verle la cara, porque está de espaldas a la puerta mirando el fuego. Se sorprende y se da vuelta.*

*Aquí falta siempre un trozo que no logro soñar, el momento en que ella se levanta para saludarme...*

*Ahí termina la escena y yo siento que aquello es la paz que uno busca. Solo me falta verle la cara a la mujer, y para conseguirlo vuelvo a soñar, mil veces, convencido de que algún día lo lograré.” (página 16)*

El sueño evoluciona completándose en la medida en que el soñador recurre a él una y otra vez y visualiza detalles nuevos. A medida que la sordidez del entorno aumenta, y que la miseria y la soledad se agravan, más frecuentemente aparece el sueño. Ese es el otro viaje, voluntario, no compulsivo, el único en el que el hombre es libre. A este territorio se llega con esfuerzo y constituye la síntesis de todas las cosas buenas que ha conocido en la vida: un paisaje nevado, una mujer que lo espera y lo recibe, como Penélope.

*“Ahora sabía qué quería en la vida. Lo único que siempre me había importado era soñar. Me dormía. Tal vez pudiera volver a Estocolmo, a Ingrid, a Ramona, a las niñas. Huir del hambre, de la mugre, de la miseria, y de aquel país más allá de la frontera, a donde por fin había llegado. Ahí se acababa el camino. Ese era el fin. Pero en la cabaña todavía ardía el fuego, aún se podía seguir soñando.” (página 269)*

También en La Odisea aparecen los sueños, los de la puerta de cuerno o de marfil, como dice Penélope, es decir los que nos engañan y los que nos ayudan a descubrir la verdad.

Como los clásicos son libros que nunca terminan que decir lo que tienen que decir, según afirma Italo Calvino, el “El camino a Ítaca” de Carlos Liscano sigue hablándonos de La Odisea por algunas de sus afinidades esenciales: el

viaje, el sueño, la aventura solitaria de la vida. (Y por razones de tiempo dejo de lado el tema de las mujeres, Sirenas, Calipsos, Circes o Penélopes, que también abundan en la novela del autor uruguayo) Pero también hay contrastes brutales entre la poesía idealizadora de Homero, con la opulencia de sus palacios, la belleza de sus mujeres y la nobleza de sus héroes, y el mundo decrepito, miserable y sórdido en que deambula Vladimir. A una distancia de tres mil años, ambas obras nos hablan del hombre y su búsqueda esencial: Ítaca. Para Ulises, serán la esposa, la patria y el hijo amado; para el hombre de nuestro tiempo, el sueño, la muerte, la felicidad añorada y jamás alcanzada.